



PANEL

SARAH GARCÍA SÍLBERMAN (**SGS**)

LUIS GONZÁLEZ PLACENCIA (**LGP**)

ROBERTO HERNÁNDEZ, ACADÉMICO DEL CIDE (**RH**)

JOSÉ ADOLFO IBINARRIAGA, EXPERTO EN COMUNICACIÓN POLÍTICA (**JAI**)

MARCO LARA KLAHR (**MLK**)

ERNESTO LÓPEZ PORTILLO VARGAS, MODERADOR (**ELPV**)

ROBERTO ROCK L. (**RR**)

TINA ROSENBERG (**TR**)

ROBERT O. VARENIK (**RV**)



Apéndice

PRIMERA MESA SOBRE SEGURIDAD PÚBLICA
Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN

(MARZO 24/25, 2004, CIUDAD DE MÉXICO)

En un ejercicio fundacional, convocados por el Instituto para la Seguridad y la Democracia, AC, y el Centro de Investigación y Docencia Económicas, nueve profesionales de la academia, la sociedad civil y el periodismo debatieron acerca del papel de los medios de comunicación como actores en el contexto de un escenario social seguro o inseguro, pero sentaron asimismo las bases hacia la construcción de un espacio de confluencia e interacción entre dos ámbitos históricamente distanciados, el académico y el periodístico. La espléndida savia de aquel diálogo, como se verá aquí, muestra la dimensión y los obstáculos de ambos retos, pero sobre todo su inexcusable pertinencia

***E**LPV: Estamos contentos en Insyde por iniciar este ejercicio de discusión entre actores que, según entendemos, no hablan mucho entre ellos: los periodistas y los académicos. Quiero recordar las preguntas y la temática enviadas con anticipación, sólo para que las tengamos presentes, en tanto que plantean posibles ejes de interés para la discusión. En particular, como objetivos de la mesa planteamos:*

Apéndice

- 1) una base común de entendimiento entre periodistas del más alto nivel y académicos especializados acerca del papel de los medios de comunicación en la construcción de un escenario social seguro o inseguro.
- 2) aportar criterios que impulsen el involucramiento de dichos medios en una estrategia de producción y difusión de contenidos concebidos para fomentar la opinión informada, el análisis, la libertad de criterio y la participación de la sociedad respecto de los fenómenos asociados a la seguridad pública.

Sobre los contenidos de este diálogo, se planteó la siguiente pregunta rectora: *¿Cuál es el papel de los medios de comunicación en la construcción de un escenario social seguro o inseguro? Para responderla aspiramos a que en esta mesa sea posible desagregar y profundizar en las implicaciones de ese papel en la sociedad, el estado de derecho, los derechos humanos, la política criminal, la autopercepción de los propios medios y los procedimientos de elaboración de contenidos mediáticos, así como sus implicaciones éticas.*

Por último, les entregamos una lista con seis preguntas:

- 1) *¿Los contenidos mediáticos sobre seguridad pública participan en la construcción de la percepción de seguridad o inseguridad?*
- 2) *¿Los contenidos mediáticos sobre seguridad pública inducen conductas de transgresión?*
- 3) *¿Los contenidos mediáticos sobre seguridad pública determinan de alguna manera el comportamiento de las instituciones del Estado responsables de la misma, particularmente con respecto a los derechos humanos?*
- 4) *¿Una determinada relación entre los medios y las instituciones responsables de la seguridad pública condiciona la construcción de contenidos mediáticos?*
- 5) *¿Los medios pueden ser actores conscientes coadyuvantes hacia la construcción de instituciones públicas democráticas responsables de la seguridad pública?*
- 6) *¿Es posible insertar en la agenda y en los manuales de procedimientos de las empresas mediáticas la noción de manejo de contenidos sobre seguridad pública hacia la construcción de instituciones democráticas?*

Primera mesa sobre seguridad pública y medios

Debo decirles que en América Latina el tema está prácticamente inexplorado. Hicimos una amplia consulta con colegas, incluso de organizaciones no gubernamentales especializadas en el asunto, y nos respondieron que el objetivo que Insyde se está proponiendo, así como la posibilidad de llegar a un manual relacionado con estos temas, es un objetivo de vanguardia. Pensemos, pues, en esta mesa como detonador de este proceso que nos puede llevar juntos a una posición de liderazgo en América Latina —lo cual asimismo, posibilitaría, que construyéramos espacios de debate semejantes en otros países.

Después de la presentación de Ernesto López Portillo Vargas, presidente del Insyde y quien moderó además la mesa, Tina Rosenberg, editorialista de *The New York Times*, ofreció un vasto análisis acerca del manejo de los contenidos sobre violencia en el mercado noticioso estadounidense, así como los problemas estructurales que lo explican, y probables soluciones prácticas. Puesto que la presente antología inicia con un ensayo de su autoría, aquí no se incluye su intervención, sino sólo la advertencia de que ella dio pie al debate.

ELPV: *A manera de hipótesis de trabajo, pondré junto a todas las provocaciones que acaba de hacer Tina Rosenberg dos más:*

- 1) ¿es cierto —y, en su caso, por qué— que la percepción de los actores hacia los medios y la manera como éstos se perciben a sí mismos guarda diferencias importantes?;*
- 2) ¿existe en los medios de comunicación una refracción al análisis de las temáticas? Es decir, ¿participar en ejercicios de análisis puede ser un ejercicio relativamente lejano a la vida de los medios?*



Apéndice

SGS: Los diferentes medios (electrónicos e impresos) tienen cuestiones en común, pero también diferencias de fondo. Una cosa es hablar de la televisión y el interior de las televisoras, y otra muy distinta de medios impresos, donde a la vez hay diferencias marcadas dependiendo de si se trata de diarios, semanarios y demás. Lo primero entonces es hacer precisiones, porque generalizar necesariamente nos deja en la superficie. Me gustaría que acordáramos si abarcamos todos o los vemos por partes.

ELPV: *¿En el tema específico de la violencia, cómo diferenciaría el impacto de los medios electrónicos y el de los medios escritos? Quizás esto nos permita profundizar en ese perfil de diferencias que está usted poniendo sobre la mesa.*

SGS: Una diferenciación sería en términos de su alcance con relación al público. Una noticia cualquiera transmitida a través de noticiarios de televisión, ¿a cuántos sujetos llega?, ¿y a cuántos a través de la prensa? No podría dar la cifra exacta, pero estoy segura de que la diferencia es enorme, lo mismo que la que hay entre los perfiles de receptores. Otra cuestión relevante es que varía el discurso que se maneja; hay hondas diferencias entre una misma noticia en medios impresos y en electrónicos.

Y estoy dejando fuera a la radio, pero aun entre ésta y la televisión cambia el lenguaje.

En el caso de la televisión, por ejemplo, el lenguaje audiovisual se carga mucho más a la imagen y va mucho más dirigido al aspecto emocional, en tanto que el discurso a través de los medios impresos está mucho más dirigido a la percepción intelectual.

En suma, hay diferencias básicas en torno al manejo de la violencia, la delincuencia y la criminalidad a través de la televisión, la radio y la prensa.

RH: Me parece que Tina Rosenberg desglosa muy bien cuáles son los temas a los que tendríamos que estarles poniendo atención, en particular cuando propone que haya un periodismo no acerca de eventos, sino que tome el evento como pretexto para abordar una temática compleja. Y, bueno, recogería también el comentario de Sarah García Silberman en el sentido de que hay que distinguir de qué tipo de medios hablaremos. Pero, en todo caso, nuestro interés como académicos del CIDE en estar aquí tiene que ver con dos inconformidades: 1) estamos inconformes con el alcance de nuestro propio trabajo como medio informativo en sí mismo; no tenemos incidencia alguna en lo que ocurre; y, en cambio, 2) poseemos mucha información de calidad, lo cual nos produce frustración.

Quiero poner como ejemplo el asunto de la corrupción de jueces, que es una noticia muy frecuente en los medios: hay un delincuente famoso al que un juez libera; la acusación más fácil a la que recurre la prensa es, “¡el juez es un corrupto!”, pero nosotros, en el CIDE, tenemos una estadística que dice otra cosa. Encuestamos a mil 500 reclusos y una de las preguntas decía, “¿lo habrían liberado si usted le hubiera dado dinero a) a los jueces, b) a la policía, c) a los ministerios públicos, d) al secretario de acuerdos?” Y la percepción de corruptibilidad de los jueces era la menor; ningún convicto nos dijo, “si le doy dinero al juez me hubiera dejado ir” y, en cambio, todo mundo decía, “si le doy dinero a la policía, claro que me dejarían ir”. Sin embargo, los medios de comunicación siguen reportando, “el problema es la corrupción de los jueces”.

Creo que, en términos generales, lo que el trabajo periodístico tiene que hacer son dos cosas: 1) informar, es decir, poseer información para transmitirla, y ahí hay dos culpas; si el periodista no tiene información es por la carencia de recursos, pero también porque los académicos o los que tienen la información son relativamente inaccesibles para entregarla. Entonces, estamos aquí con la intención de promover una

Apéndice

cercanía con los medios e incluso con una propuesta: generar una página en internet para que quien desee elaborar un reportaje de justicia y seguridad pública encuentre ahí información de contexto, y 2) generar opinión bien informada, y actualmente parece que lo que buscan es manipular el prejuicio del público y devolverle lo mismo que quiere leer.

Estos problemas pueden atacarse con una especie de complicidad entre los medios de comunicación y quienes generamos información empírica sobre justicia y seguridad ciudadanas.

RV: Me sumo a las observaciones de Sarah García Silberman. Cuando hay comentarios sobre los medios y cómo presentan los hechos, normalmente los noticieros de la televisión son los malos de la película, pero hay diferencias entre los distintos medios y también dentro de estos segmentos (televisión, radio y prensa).

Pregunto porque no sé, aunque tengo clara idea de dichas diferencias: ¿hay reglas de mercado o tendencias específicas que afectan a los segmentos que conforman la industria mediática? O sea, ¿normalmente ciertos modelos de hacer televisión o periódicos obedecen en distintas medidas a las presiones del mercado? Porque, por ejemplo, cuando hablo con gente acerca de casos que puedo dar de quienes violan las supuestas reglas del mercado y se convierten en una opción periodística, la respuesta básicamente es en dos sentidos: 1) casos como el de la revista *New Yorker* pueden darse el lujo de ofrecer reportajes muy detallados, porque tienen gran clientela y anuncios tan caros. La implicación es que otros no. *New Yorker* sería, entonces, casi como la excepción que confirma la regla; y 2) los medios alternativos, que son las víctimas de esas reglas, hacen un reportaje tal vez bueno, pero su dominio del mercado es menor, mucho menor; estamos hablando de los semanales gratuitos, por ejemplo, y cuando he tratado de preguntar cómo ellos

pueden hacerlo, la respuesta es que también son excepciones; que están dispuestos a ser pequeños y pobres —es decir, víctimas de las reglas del mercado—, pero que los demás de esa industria tiene que obedecer a esas reglas, que son condiciones objetivas del mercado.

LGP: Independientemente de las diferencias entre los distintos medios —de relevancia, sin duda—, hay elementos que podrían ayudarnos a abordar el problema originalmente expuesto aquí, relacionado con la necesidad de comunicación entre quienes producen un tipo de información —los académicos— y quienes la difunden —los medios.

Por ejemplo, al referirnos a cualquier tipo de medio estamos hablando de una empresa, la cual funciona en un mercado, persigue satisfacer una demanda y maneja una determinada cantidad de mercancías, mismas que en este caso, no hay duda, son el crimen, el sexo, la crueldad, las diferencias raciales y la clase social incluso. Tenemos que considerar que lo anterior tiene que ver con un objetivo insoslayable de los medios.

Establecido esto, en mi experiencia el problema principal ha sido encontrar una línea que haga coincidir dos niveles de visión de la realidad evidentemente diferentes. En principio, ocurre un desfase muy importante entre el modo como percibimos el tiempo los académicos, que tenemos meses y hasta años para analizar una relación entre variables, y el modo en el que lo perciben los medios, que, guardadas las distancias entre los tipos de medios, siempre funcionan con mucha mayor premura y dan cuenta de manera muy sintética de una realidad muy compleja.

Parte del problema reside en la incapacidad mutua de percibir ambas necesidades. Uno como académico siente la necesidad de explicar. Mientras Tina Rosenberg hablaba, yo pensaba en esta cuestión que expuso del contexto. Sería importante que viéramos que el momento que vivimos está dominado por las imágenes (en

Apéndice

el sentido amplio, es decir, no sólo por las producidas a través de la televisión), por múltiples *flashazos* que recibimos a partir de los discursos en los que estamos inmersos, y que un académico tiene que servir para ayudar a explicar el fenómeno de la percepción de la delincuencia. El problema es que mientras uno tiende a hacer grandes teorizaciones, viene un reportero a pedir opinión sobre determinada coyuntura y lo que quiere es una línea. Me gustaría que viéramos el asunto desde ese perfil y quizá tratáramos de plantear algunas ideas que hicieran menos evidente este desfase.

ELPV: *¿Puede ser un desfase de incentivos?, ¿puede ser leído así también?*

LGP: O de intereses, quizá, que además son legítimos.

ELPV: *Sería bueno incluir en las reflexiones el tema de quienes están haciendo investigación permanente cómo se perciben a sí mismos frente a los medios; es decir, un ejercicio de autopercepción frente a los medios, en el contexto de la falta de entendimiento entre éstos y la academia que identifican los propios académicos. Tengo contacto con tres o cuatro reporteros a la semana y ellos me dicen, “no está el referente para nutrir la discusión”. El espacio que divide la vida de los medios y la vida de la academia es una línea muy amplia que hay que tratar de desmenuzar en este ejercicio de alguna manera; yo sí lo pondría el nombre de incentivos, ¿son incentivos tan, tan distanciados!*

RR: Sólo como dato, por lo que se decía de las diferencias en el alcance de los medios, menciono que en un estudio de hace 15 días, donde participaron el gobierno de la Ciudad de México y otras instituciones, se revela que, en materia de consumo de medios, la televisión es el canal a través del cual el 70% de la población del área metropolitana obtiene noticias. Para el caso de la prensa escrita en su conjunto (periódicos, revistas y lo que se suma) el mismo parámetro marca el 6.5%, en tanto que para radio aproximadamente el 20%.

Por otra parte, aprecio mucho la aportación de Tina Rosenberg, porque tiene un conocimiento de lo que pasa con los medios, que es algo que a veces uno no encuentra en el ejercicio académico. Y, a propósito, en esta relación existen estereotipos desde la academia sobre los medios y desde los medios sobre la academia que dificultan el acercamiento.

El desafío ante los fenómenos que plantea Tina es mucho mayor en nuestros países, porque son más profundos los problemas de falta de recursos, de bajos salarios, de exigir al reportero entregar más notas, especialmente en algunos medios, y las soluciones son también más complejas. En el caso del contexto, por ejemplo, en otros países es más fácil obtener estadísticas, mientras que aquí, cuando queremos saber la cifra de crímenes de cierto tipo, tenemos que preguntar primero las cifras de quién considerar, pues tenemos las del CIDE, las de la policía metropolitana, las del gobierno federal y las de la Procuraduría General de la República. Esto exhibe la dificultad institucional para generar ya no digamos inteligencia criminal para atacar al crimen, sino al menos estadísticas elementales. En *El Universal* hemos tenido el sueño recurrente de publicar todos los lunes qué pasa con la incidencia de cierto tipo de delito y cómo va, ya sea en la ciudad, ya sea en cierto barrio, y ha sido un ejercicio imposible, ¡imposible!

Yo siento que, en virtud de esta estigmatización hacia los medios por parte de la academia —que hace años yo veía como infranqueable y que ciertamente es cada vez menor—, la posibilidad de un espacio de deliberación como éste tiene varios estímulos, incluyendo el de esta visión sobre la mercantilización de los medios, del trabajo periodístico, que es difícil de rebatir y que también puede ser contraproducente a la necesidad de que los medios generen intangibles como valores de sus activos. Trataré de explicarme. Un periódico como *El Universal* puede valer en fierros 100 millones de dólares, pero nadie podría comprarlo por esa cantidad, tendría que pagar muchísimo más,



Apéndice

y la diferencia se construye justo con intangibles, con la administración de una marca y un prestigio, con el desarrollo de una tradición. Esos intangibles se desarrollan enviando a la comunidad mensajes de que no estamos haciendo un trabajo sólo con fines mercantiles.

Hace algunas semanas participé en un ejercicio en donde se deliberaba entre medios y sectores de la sociedad qué podíamos hacer para estimular el avance de una reforma electoral, mínima aunque fuera, que no planteara el escenario de una crisis mayor en el 2006, una crisis de representación mayor de la que se vive, una crisis de definición electoral en tanto puede presumirse que el de 2006 va a ser un resultado muy estrecho, y hay condiciones para suponer que esto puede volar por los aires porque no está reglamentado el asunto de las precampañas, del uso del dinero o la relación entre actividades electorales y corrupción; se pensaba que es necesario transparentar todo esto, y cuando se llegó al tema del dinero, se llegó por supuesto al tema de los medios.

El 70% del dinero que aporta el Estado para las campañas electorales va a dar a los medios de comunicación, y de ese gran total casi el 90% se queda en los electrónicos. Dando cifras precisas, en 2003 el Instituto Federal Electoral (IFE) autorizó 2,800 millones de pesos para las campañas electorales; de esa cantidad, el 70% fue a medios, y 90% de esa cifra fue a radio y televisión. Cuando se planteó el dilema de decir, “oye, sin duda esto tiene que ser menos costoso, pero, ¿quién aceptará que esto sea menos costoso?”, ¿quién puede ir con Televisa a decirle, “oye, vas a ganar menos plata, porque esta reforma se opone a hacer más barata la política y supone también que termina el juego tuyo de decirle al señor tal, *a ti, que eres candidato del PAN, te doy el 50% de descuento en la pauta publicitaria* y a ti, *candidato del PRI, te doy tarifa full*”? Se pretende terminar esas negociaciones mediante el recurso de que sea el IFE el que contrate los tiempos a tarifas regulares. Y cuando se le planteó esto, Televisa pudo

haber respondido, “esto es una locura, Televisa es más poderosa que el IFE y el gobierno juntos”, pero conoce el principio de la intangibilidad; sabe de los problemas que le está generando la relación entre crisis de representación de los partidos y los políticos, la cual se extiende a los medios, y pone bastante atención cuando se discute el tema, no se cierra en banda.

Y ahí hay un espacio de trabajo para muchas instancias, como lo hay, yo creo, en la relación entre medios y academia; pueden, por ejemplo, hacerse talleres con periodistas, talleres con estudiantes, que a lo mejor todavía tienen tiempo en el proceso de formación; creo que se puede construir esto, porque levantarse de esta mesa diciendo, “qué hacemos con la televisión, no tiene remedio”, no creo que sirva. Hay un espacio de trabajo que puede desarrollarse a partir de este tipo de encuentros y después ver cómo se refleja eso en el día a día de la realidad y tal vez, aunque lo dudo, en los políticos.

***ELPV:** Tenemos, sin duda, que perfeccionar nuestro proceso de acercamiento a la construcción de ese espacio de trabajo —que tiene que ver con la filosofía de construcción de esta mesa— y en el camino aprender a hacerlo a partir de los intereses específicos de los actores. Y, bueno, para seguir con la discusión en esta mesa, hay que ir distinguiendo la caracterización general de la vida de los medios, de la que debemos encontrar con respecto al impacto en el proceso de construcción de noticias relacionadas en específico con la seguridad pública. ¿Tiene consecuencias en un escenario de seguridad o de inseguridad que, por ejemplo, un conductor de radio insista todos los días con eso de “El señor de los sobornos”, para referirse al empresario Carlos Ahumada? ¿Tiene consecuencias en el manejo del lenguaje, en el espacio noticioso, en la relación que establecen las instituciones de seguridad pública, y en concreto la policía, con los medios? ¿Es ésa una forma de construir la realidad? ¿Los medios construyen la realidad con respecto a la violencia? ¿Están atravesados los entendimientos del tema de la inseguridad por estigmas, por etiquetas? ¿El manejo del tema permite a la sociedad entender, construir o reconstruir prejuicios?*



Apéndice

MLK: Tengo la impresión de que están hablando aquí de los medios como actores, y me parece que ésa es una confusión clave; los medios poseen eventualmente un papel de actores, pero también una condición dual de instrumento en todos sentidos —incluyendo el sentido peyorativo—. Por otra parte, no puede concebirseles de manera homogénea o monolítica: una cosa es la empresa mediática, que suele ser actor y tener la condición dual de la que hablo, y otra lo que los periodistas llamamos *la tropa*; la empresa y los reporteros tenemos móviles distintos, hay peculiaridades dignas de ser tomadas en cuenta entre quienes construimos la materia prima noticiosa (los reporteros) y las empresas propiamente dichas. Es importante esto para comprender lo que ocurre al interior de los medios.

Ahora bien, en lo que se refiere a mi experiencia como reportero, he visto que la misma preocupación que acaban de expresar Roberto Hernández y Luis González Placencia acerca de la inaccesibilidad de los medios, la manifiesta incluso el crimen organizado; los narcotraficantes, la policía, el comunicador institucional, todo mundo tiene la actitud ante los periodistas y los medios de, “es que yo quiero estar ahí, quiero aparecer, tener voz”. O sea, es una inquietud generalizada.

Pero me parece que en el caso específico de la academia esta queja nos obliga a mencionar ciertos problemas implícitos: 1) la academia tiene sus propios medios de comunicación, pero los utiliza pésimamente; 2) el académico es poco eficaz para transmitir el producto de sus investigaciones, debido en parte a que no interioriza el hecho de que también necesita su propia estrategia de comunicación, y 3) la vigencia de la información de las fuentes académicas muchas veces está desfasada respecto de las necesidades periodísticas; por ejemplo, para qué voy a un centro académico si me van a dar cifras de 1998 y yo necesito las de mañana o pasado mañana; no me basta que un académico me diga, “tengo diez años estudiando el tema” y exponga lo que ocurrió entre 1990 y 1997; en mi función social como reportero,

y por la naturaleza misma del trabajo periodístico, el dato viejo no sirve en sí mismo; esto sin duda puede ser cuestionable, pero así es como funciona el mercado de las noticias.

También creo que este asunto del contexto del que hablaba Tina Rosenberg es esencial, y aquí aparece la necesidad de diferenciación entre tipos de medios que sugería Sarah García Silberman: es difícil que pretendamos la misma extensión para dar un contexto en los medios electrónicos, que es una industria carísima, que en los medios impresos, pues además está, sin duda, la diferencia en los perfiles de audiencia (donde, por cierto, el 6% para la prensa escrita que mencionaba Roberto Rock no es desdeñable).

Finalmente, sobre las preguntas de Ernesto López Portillo Vargas acerca de qué tanto los medios inciden en la construcción de la percepción social de seguridad/inseguridad, para mí, en mi desempeño como reportero, es una duda permanente; es que uno siempre teme al riesgo de estarse equivocando al plantear una realidad determinada, creando en el interlocutor percepciones erróneas, y más en un país donde no hay acceso pleno a la información pública.

Ante este problema, lo más que puedo hacer es relativizar el discurso implícito en mis historias, y me refiero no sólo a presentar diversas aristas de un fenómeno, sino también a matizar los prejuicios con los que como comunicador selecciono el discursar de una historia noticiosa.

Si consideramos que nuestras fuentes son académicos, comunicadores sociales, documentos de primera mano —como una averiguación previa o un expediente judicial— y testimonios, tenemos que aprender a relativizar, en tanto que estamos accediendo a información que nos mete en arenas movedizas constituidas por la multiplicidad de intereses de los actores. Los reporteros siempre tenemos que ir avanzando como equilibristas, tratando de relativizar, de encontrar el dato duro inmerso en una maraña de oscuridades nutridas lo mismo por



Apéndice

la víctima y el victimario, que por los abogados, el ministerio público, el juez, nuestro editor y hasta nuestros propios prejuicios personales.

TR: Creo que para hacer más útil el aporte de esta mesa debemos concentrarnos en la televisión. Me da tristeza decirlo, siempre he pertenecido a los medios de comunicación escrita, pero en este tema los medios de comunicación escritos no importan tanto. Hay temas en los que es importante trabajar con medios de comunicación alternativos, como la prensa, que realmente llega a sectores socioeconómicos más altos y educados, pero en un asunto que tiene un interés general tan fuerte como la seguridad pública, es indiscutible que sería más relevante ayudar a que la televisión, que es la que peor cubre este tipo de materia, haga mejor su trabajo.

Para ser prácticos, sería necesario incluir en esta discusión gente que dirija noticieros de la televisión, aunque ello implique visitarlos en su oficina durante diez minutos para preguntarles cómo podríamos ser útiles, qué podríamos aportarles. Me gustaría mucho la idea de un sitio *web* que reúna en un *verysmall bits* de fácil acceso estadísticas pertinentes de varios organismos y anécdotas relevantes, de modo que un reportero de televisión pueda en cinco minutos empaparse sin necesidad de una búsqueda muy grande. Lo más importante sería tratar de entenderse con la gente que diseña los noticieros televisivos.

Y para contestar la pregunta básica acerca de si los medios juegan un papel relevante en la construcción de la percepción seguridad o inseguridad, no hay nadie aquí que diría que no, obviamente la respuesta es *sí*, los medios de comunicación son muy importantes en ese aspecto.

ELPV: *La pregunta general es si juegan un papel en la construcción de un escenario seguro o inseguro, y no sólo en la percepción de inseguridad. Por otro lado, me he enfrentado con gente que no está de acuerdo con esta*

Primera mesa sobre seguridad pública y medios

cosa que asumes Tina como una cosa fácilmente aceptable; la discusión se complica cuando planteo la hipótesis de, “en tú responsabilidad, tú construyes una realidad también”; “No, ¿cómo que yo construyo una realidad también? No, yo estoy proyectando, soy una especie de transmisor de una realidad que ahí está”.

RH: ¿Por qué es importante esa pregunta? Cuestionando un poco la pertinencia de la pregunta misma, por lo menos quienes estamos aquí sentados coincidimos en que los medios configuran una realidad; estamos convocados para realizar un trabajo que sienta las bases de un acuerdo, de entendimiento entre medios y otros actores, y creo que con nuestro consenso es suficiente.

ELPV: *No lo creo. Un segundo, Roberto [Hernández], te voy a decir adónde voy. ¿Los medios construyen opiniones y actitudes que tienen un papel específico en la seguridad o inseguridad más allá de las percepciones?, ¿construyen actitudes sociales que afectan la seguridad pública? Está complicado decir sí o no, así, de botepronto. Recuerdo la película de Michael Moore, Masacre en Columbine, cuando está hablando del perfil del adolescente negro y de cómo los medios presentan un perfil específico de un sujeto negro, con ciertas características, que se convierte en un estigma, en un símbolo de delincuente, en la referencia simbólica de un delincuente. ¿Eso redundaría en una actitud de la gente frente a un sujeto negro con esas características? Probablemente sí.*

Entonces, Roberto [Hernández], creo que estamos bastante lejos de la posibilidad de un consenso y de entender realmente el impacto de los medios; cuando uno empieza a revisar informes y mesas de discusión internacionales no está claro ese impacto.

Al parecer está claro que muchas noticias sobre violencia generan temor, parece que sí. Una de las fuentes que consulté decía que “oleadas de noticias” hacen a la gente sentirse más insegura, pero hay otras premisas del debate, como por ejemplo, ¿si ves más violencia eres más violento?, que para muchos es una cosa obvia en los niños y un poco está demostrada

Apéndice

aparentemente, pero que en el debate no producen consensos, y es un debate que tiene cuarenta años o probablemente más. Hay que ir más a fondo en la discusión.

LGP: Creo que esto depende de tu escenario, habría que tener en consideración que el fenómeno de la inseguridad implica muchas cosas. Si por inseguridad entendemos la frecuencia de delitos, es probable que la respuesta a esa pregunta sea *no*; es decir, sería complicado probar una relación entre la diseminación de noticias sobre inseguridad y el aumento en la frecuencia delictiva. Pero si por inseguridad entendemos una sensación que supone la posibilidad de que yo crea que va a sucederme un delito afuera, ahí estamos en otro plano, ahí estaría de acuerdo con Roberto Hernández en que más que una hipótesis podría ser una premisa de trabajo.

Es importante advertir que inseguridad no equivale a frecuencia delictiva, o sea, no tiene que ver con cifra oficial de detenidos, con cifra oficial de presos o con actos concretos de jueces, sino que éstos son elementos que irán configurando el discurso. Mi posición es que *inseguridad* es básicamente un discurso y como tal se alimenta de distintas fuentes.

Así como los medios juegan un papel muy importante, el discurso académico también se suma a eso y podríamos identificar varias fuentes para ir configurando ese discurso: el de la policía, el de las instituciones y el de la gente misma en la calle que tiene una opinión sobre lo que está pasando en términos de delincuencia. La cuestión aquí es el impacto que cada discurso tiene.

Marco Lara Klahr decía hace un momento, y tiene toda la razón, que los académicos disponen de sus propios medios de comunicación, pero están pésimamente utilizados. Tenemos, por ejemplo, revistas especializadas que nos leemos entre nosotros. Lo críptico del discurso a veces no permite que nuestras ideas lleguen más allá y me atrevo a decir que a veces

uno tiene esa actitud de decir, “bueno, no me importa que me lea el gran público, me importa que me lea mi colega, con el que tengo un debate”.

No me queda duda de que el discurso de los académicos y, en general, el de todo el que habla acerca de inseguridad, va configurando ese gran relato que es la inseguridad, pero aquí lo importante es que los medios tienen una capacidad de diseminación amplia. Estoy de acuerdo con Marco también en que ese porcentaje mínimo de lectores de la prensa escrita no es para nada desdeñable, sobre todo si pensamos que hay ciertos lectores privilegiados; por ejemplo, en todas las oficinas públicas hay una síntesis de prensa todas las mañanas; yo no sé si la leen o no, o tal vez lo hacen sólo cuando aparece su foto en primera plana, pero de alguna manera quienes sí lo hacen son los asesores, que tienen que darse una idea de cómo está la cosa en la prensa, y a lo mejor no es el gran público, pero la oportunidad que se tiene de llegar a estas oficinas me parece muy importante.

Insisto, a lo mejor podríamos asumir como premisa más que como hipótesis esta idea de los discursos. Es un poco como la publicidad subliminal: nadie sabe, no conozco más que estudios contradictorios sobre ella, pero es un hecho que existe un presupuesto básico en publicidad que dice que tú vendes eso, estos intangibles de los que hablaba Roberto Rock, que de alguna manera te van creando un mercado. Aquí ocurre lo mismo, podemos asumir que existe esa responsabilidad de los medios en la configuración del discurso, lo cual no significa que estén produciendo más delitos o impunidad; quiere decir que los medios se suman a un contexto de discurso en el cual el fenómeno como tal crece o decrece, dependiendo del tipo de información que va planteándose.

RV: Confieso que lo que dice Luis González Placencia sobre el impacto en la percepción y su vínculo con la información



Apéndice

recibida, es premisa de mi trabajo, y veo que pasa lo mismo en el campo de la policía y la seguridad pública; esta idea es la premisa de las policías. El caso más famoso es el de Rudolph Giuliani, que ha estado manejando desorden e inseguridad como algo distinto a delincuencia. Pero no estoy de acuerdo en que debamos tomarlo como premisa. Yo tengo un perfil más de activista que de académico, entonces veo los medios como una herramienta de mi trabajo. Si hay un debate sobre esta idea de si la percepción viene con la información que manejan los medios, entonces tenemos que enfrentar esos desacuerdos y ver si hay una manera en la que yo, como una persona que quiere impulsar algunos mensajes a través de los *media*, tengo alguna posibilidad de hacerlo. Si descarto la discrepancia que ellos tienen con esa idea, estoy fracasado de entrada. Si la idea aquí es producir algo que pueda ser útil a los medios, entonces tenemos que tomar la discusión como algo sobre la mesa y no como una premisa.

Pero veo que hay otra línea de discusión que puede ser útil aquí. Marco Lara Klahr —quitándole los guantes a sus comentarios— propone empatar los intereses de la academia y los medios; igual Roberto Hernández, desde la posición de los académicos, e igual nosotros, los activistas. Si tenemos ideas comunes, entonces tendríamos que buscar que las fuentes, y particularmente la fuente oficial, sean confiables para obtener cifras, datos. Mi instinto como activista me hace preguntar si podemos sugerir temas cuando tenemos la misma frustración y el mismo sueño que los periodistas; si hay alguna manera de un poquito cambiar el debate que tenemos, de unir fuerzas cuando vemos que enfrentamos lo mismo, por ejemplo con respecto a la confiabilidad de las fuentes.

TR: No sé si el hecho de ver violencia hace a una persona más violenta, pero sí que por lo menos en Estados Unidos la manera en la que los medios de comunicación manejan el tema

contribuye a la construcción de políticas públicas que son ineficaces para reducir la violencia. Por ejemplo, las cárceles son cada vez más punitivas, se ha quitado mucho del acceso de los encarcelados a la educación y los ponen en lugares muy alejados de donde viven sus familias. Estas son dos políticas que tal vez te pueden hacer sentir bien porque estás aplicando mano dura en contra de los criminales, pero que contribuyen al futuro de la delincuencia, porque si la gente no tiene educación ni la comunidad que forma su familia, está comprobado que va a delinquir más.

ELPV: *¿Cómo jugaron los medios, desde tu punto de vista, para que se decidiera aplicar esas políticas?*

TR: Los medios contribuyen a la percepción erróneamente alta de inseguridad, primero, y segundo, siempre presentan los problemas no como fallas institucionales y sistemáticas, sino como producto de que ésta es una mala persona y hay que castigarla, y punto. En las instituciones de Estados Unidos se ha perdido un poco la idea de rehabilitación o de la culpabilidad de la sociedad y de eso se puede culpar a los medios de comunicación.

SGS: Vuelvo a la cuestión inicial, si los medios construyen la realidad o construyen la percepción de la realidad. Quiero decir que la realidad no es un fenómeno estático, es dinámica y estamos construyéndola a partir de muchas fuerzas, y entre esas fuerzas está la de la percepción; o sea que es un asunto circular, en el que los medios juegan un papel muy importante. Es cierto, creo que Marco Lara Klahr lo decía, que los medios son instrumentales, son instrumentos, pero sobre todo son instituciones y, como estructuras, son actores más allá que medios. En este sentido, por supuesto que tienen un papel fundamental en la construcción de la percepción y a su vez, la percepción juega un papel importante en la construcción de la realidad subsecuente.

Apéndice

Y esto quería ligarlo con algo que menciona ahora Tina Rosenberg, que me parece importante: no podemos analizar el fenómeno de la seguridad e inseguridad fuera de todo un contexto estructural; los medios, particularmente la televisión, tienden a ello, a particularizar el problema, creando escenarios en donde el responsable es el sujeto y la solución está en el sistema de justicia y el castigo.

Estamos quedándonos cortos, muy en la superficie, si no consideramos que el fenómeno está enmarcado en una estructura que tiene implicaciones económicas, políticas, ideológicas y culturales de fondo. El manejo de los medios al incrementar la percepción de inseguridad generalmente va de la mano con estos llamados al endurecimiento de las medidas policiales, desde la mano dura, desde el programa de Giuliani, que compramos en la capital del país —lo cual, por cierto, me enojó mucho, no pude opinar al respecto, mis opiniones no tuvieron incidencia.

Esto nos lleva a lo otro: el problema de fondo se encuentra en los objetivos y los académicos, de alguna manera, estamos al margen de ese mundo comercial, pero no las instituciones —me refiero a las instituciones políticas y a los medios de comunicación grandes—, las cuales no quieren acabar con esto, viven de vender y el sexo vende, la sangre vende, ¿por qué querrían acabar con su principal producto?

Y, bueno, si entramos al análisis de la coyuntura política, no podemos aislar el fenómeno que estamos enfrentando, de la situación social, política y económica internacional y nacional, que es muy grave; no podemos separar lo que está ocurriendo y el papel fundamental que juegan sobre todo los medios electrónicos en este crecimiento de la paranoia, relacionada con los secuestros, la mano dura, la pena de muerte.

ELPV: *Se dice mucho que los medios están más interesados en su propia existencia, pero voy a poner un ejemplo concreto: Robert Varenik, en una*

Primera mesa sobre seguridad pública y medios

mesa con 20 o 25 académicos en El Colegio de México, propuso llevar a cabo un proceso continuo de circulación de documentos consensados que se fueran a la prensa y no ha habido respuesta más o menos un año después de eso. En este momento, como Insyde, seguimos buscando echar a andar esa dinámica, seguimos haciendo llamados y los académicos siguen refractarios, porque están demasiado ocupados en su cubículo.

Doctora Sarah García Silberman, usted dice, “mi opinión con el tema de Giuliani no tuvo incidencia” y luego, “estamos marginados”. Mi pregunta es qué tanto están marginados los académicos y qué tanto se automarginan. Sé de muy pocos a los que les interesen los medios, que reconozcan como un interlocutor válido a la prensa, de la misma forma que conozco a muy pocos académicos que reconozcan como interlocutor válido a la policía. Ésta última es otra esfera, pero la pongo como ejemplo: académicos que están hoy escribiendo sobre policía no van a los foros con la policía y ésta se queda esperando. Hay que hacer, pues, un ejercicio autocrítico severo desde la academia, para poder hacer un ejercicio crítico severo de los medios, y a la inversa. De hecho, el sentido es promover la autocrítica de los distintos actores sentados aquí, al mismo tiempo que vayamos construyendo la capacidad de mejorar.

RR: Volviendo al tema de las cifras, el *issue* de las estadísticas es un asunto de arquitectura institucional. Muchos de los periodistas, Marco Lara Klahr seguramente muy bien, conocimos a Marcelo Ebrard mucho antes de que fuera jefe de la policía, y cuando le he reclamado por qué no podemos tener acceso a las estadísticas, me dice, “oye, te doy acceso cuando lo tenga yo”; “si detengo a una persona mañana no puedo saber si tiene un historial criminal, ni investigarla; no puedo hacer inteligencia criminal, la arquitectura institucional para la policía preventiva requiere de una reforma constitucional que la dote de atribuciones que no tiene”.

En la Ciudad de México, la policía investigadora es el ministerio público, del cual dependen 2,300 elementos. Marcelo Ebrard tiene 70,000 policías, de los cuales están realmente en



Apéndice

cada turno alrededor de 18,000; o sea, en general puede tener hasta 18,000 policías en la calle, dependiendo de la clasificación, por turno, pero no pueden investigar. La colosal y desproporcionada iniciativa de reforma judicial que presentó el gobierno da cuenta de todos los problemas que tiene la justicia; desde mi punto de vista, es casi un catálogo de problemas más que una iniciativa razonable.

Ahora bien, en este tema de la construcción de la realidad a mí me preocupa un aleteo sobre teoría de los medios. Mi preocupación es que en México no tenemos por parte de la academia y menos por parte de los medios un conocimiento de qué pasa con ellos. Este planteamiento que hace Tina Rosenberg de que, “bueno, lo que pasa es que la prensa escrita no influye tanto como la televisión”, por ejemplo, yo no podría aplicarlo para el caso de México, ¿porque no lo sé! Veo muchos textos europeos y estadounidenses que dicen eso, muchos textos europeos que aseguran que “la prensa escrita le da seguimiento a la agenda de la televisión”. En México no pasa eso, sino que gran parte de la agenda política y social la marcan los periódicos y es recogida por la televisión; no digo que en todos los casos, pero sí que pasa con mucha frecuencia, mientras que los casos que revientan en la televisión y son seguidos por los medios, como los videoescándalos recientes, por su propia naturaleza no pertenecen a la agenda de los medios electrónicos, sino a la de los políticos, que la llevaron a los medios electrónicos.

También me enfrento a estos prejuicios que dicen, “la prensa escrita es para las oficinas de prensa y ahí seguramente marca mucha influencia, o para sectores ilustrados”. Yo imprimo en *El Universal* cuatro periódicos diarios que juntos tiran 500,000 ejemplares cada día, normalmente, una cifra modesta para Estados Unidos, pero importante para México; y esos 500,000 ejemplares son leídos por entre 1.5 y 1.7 millones personas todos los días. No sé cuántos jefes de prensa haya, espero que pocos y las evidencias me dicen que pocos, aparte de que si leyeran quizá tendríamos menos

Primera mesa sobre seguridad pública y medios

problemas en este país. Entonces, ojalá pudiéramos construir, entre academia y medios, instancias de investigación sobre qué pasa con la prensa en este país.

ELPV: Roberto [Rock], está por ejemplo la agenda de los políticos, que construyen en su lucha interminable, en su posicionamiento interminable, en función de sus intereses, ¿cuál es la agenda de los medios?

RR: Antes de contestarte quisiera retomar algo que veo en ti particularmente, que es esta visión de que a lo mejor los medios son culpables de algo. Para nuestros países, esta retórica puede ser peligrosa. En países latinoamericanos como Perú y Venezuela, han empezado a surgir leyes de *información veraz* nutridos por ese tipo de discursos y han sido totalmente adversas.

En realidad, esa una visión se nutre mucho de la academia europea. Yo estuve alguna ocasión en un foro que organizó la UNESCO en España y era impresionante escuchar cómo los académicos europeos se expresan de la prensa, y a la mejor es pertinente, porque la prensa europea viene de décadas de lo que los españoles llaman *garantismo*, es decir, de condiciones objetivas para que haya un desarrollo de la libertad de expresión. Pero eso no lo tenemos en México ni en América Latina.

ELPV: La pregunta es, ¿no hay responsabilidad en los medios en la construcción de un escenario social inseguro o seguro?

RR: O sea, ése es el tema, es evidente que la visión tuya tiene que ver con eso que decía antes. Sí, creo que hay una responsabilidad de los medios, podríamos definir cuáles son las dos o tres responsabilidades fundamentales de los medios, pero no podría aceptar que los medios construyen la realidad; aunque sí, los medios construyen percepciones y las percepciones ayudan a construir la realidad.

Apéndice

Conozco desde antes de entrar a la universidad, y de eso ya tiene algunos años, textos que preguntan, “¿la violencia es condicionada por los medios?” Me acuerdo, por ejemplo, de un textito ahí de Wilbur Schramm, que creo que es del pleistoceno de este asunto, que decía, “bueno, a lo mejor no tanto, a lo mejor refuerzan actitudes, a lo mejor crean actitudes”. Pero esa tesis de que construyen la realidad es, desde mi punto de vista, lo que lleva a crear atmósferas en donde de repente el Congreso, de repente el gobierno empieza a estimular los llamados a regular a los medios, que a lo mejor se lo merecen, pero quienes no se lo merecen son los públicos a los que esos medios sirven y que con las regulaciones son los que al cabo resultan perjudicados.

ELPV: *Sólo aclaro que no necesariamente en esta pregunta en la que insisto tengo alguna convicción personal desarrollada. Es mi función detonar un debate y por eso estoy insistiendo mucho en ello. Marco Lara Klahr y yo tendremos casi 50 horas hasta este momento de debate sobre ese tema y sin duda que para mí crecen las preguntas, no las certezas. En todo caso, me parece que es una pregunta legítima, Roberto [Rock], y que es una pregunta que debe llevarnos juntos a nuevos ejercicios.*

RR: Yo estoy combatiendo ideas, no personas.

ELPV: *Estoy convencido de que los medios son actores, ¿qué significa que lo sean? Antes de llegar a esta mesa le expuse a Marco otro problema, el de la discusión conceptual; le dije, “vamos a tener una pluralidad de perspectivas en esa mesa que nos va a llevar probablemente a detenernos en algunas precisiones conceptuales”. Pero, bueno, tratemos de avanzar un poco más, aunque son también los conceptos motivo de convergencia o desavenencia en estos debates.*

RH: Tengo mucha receptividad al problema que mencionó Roberto Rock y sería totalmente contrario a la idea de regular,

mucho menos legalmente, a los medios de comunicación; por lo tanto, me opondría también a cualquier resultado de discusión que pudiera plantear eso. Creo que ni siquiera confío en que quienes hacen las leyes sean capaces de un trabajo de cirugía tan fina como el que eso requeriría. Pero eso no quiere decir que no piense que no hay cosas que deben de cambiar.

Sólo como una idea que viene desde lo que Marco Lara Klahr comentó de esta confusión que tienen algunos periodistas acerca de cuál es la cifra buena, cuál es la buena información, de “a dónde voy”, creo que es reflejo de una confusión más amplia que tiene el periodista acerca de cuál es su agenda; o sea, le llegan las informaciones y no sabe a veces qué es lo que constituye noticia en este *set* de hechos que tiene enfrente. Esto es producto de una tensión profunda relacionada con la tarea del periodista, en el sentido de que debe reportar acerca de la realidad o de una cosa que es noticia de manera objetiva, y pareciera que eso está en conflicto con la idea de tener una agenda. Es una discusión que sobrevive no sé por qué, pero debería estar superada hoy; me parece que es legítimo que quien informa tenga una agenda detrás y para mí la pregunta es si podemos construir una complicidad, una agenda en común. Si, por ejemplo, el tema es la reforma del sistema de justicia, debería haber un punto básico de contacto entre académicos y periodistas; o si el gobierno puso sobre la mesa una política pública que puede ser mala o buena, discutible o como se quiera, un punto obvio de referencia es que ambas partes queremos un país distinto o construir una democracia, y entonces debemos buscar los puntos estratégicos en los que podemos concentrarnos y hacer equipo. En tal caso, como académico uno puede no dirigir sus esfuerzos de investigación y tratar de presentarlos de otra manera, así como de estar disponible para el periodista, y el periodista lo mismo. ¡Hacemos un equipo y cambiamos al país! Me parece un intento más notable que estar encerrados en un cubículo.

Apéndice

MLK: Escuchando a Sarah García Silberman y todo eso de la falta de incidencia del académico en las políticas públicas, me preocupa algo: no estamos tomando en cuenta que detrás de casi toda política de Estado y detrás de todo político relevante hay un académico.

ELPV: *¿De veras lo crees?*

MLK: Lo hay, y ahora hasta en las policías. Y, bueno, ahí están Jorge Castañeda y Adolfo Aguilar Zinser, respecto de Vicente Fox. Y los personajes de la academia que, del hombro de los políticos, naturalizaron en México el neoliberalismo. La política judicial, el sistema penitenciario, todo eso cuenta la historia de académicos imponiendo modelos, sin contar con la historia mexicana de instituciones académicas hegemónicas; desde el papel superestructural que jugó la UNAM en la era del corporativismo priista, hasta el que luego jugó El Colegio de México respecto del neoliberalismo y, en algunos ámbitos, el que desempeña en la actualidad el CIDE, por ejemplo. Insisto, detrás de cada político, de cada institución están académicos operando, sin duda. O sea, incidencia la tienen.

Y lo otro que me preocupa es eso de que los medios y los periodistas no tenemos agenda. Un medio es un cosmos con montones de agendas aviesas y legítimas; incluso la corrupción y el *chaya*, por ejemplo, definen y son agenda, de modo que agendas las hay, lo que ocurre es que no son, ni tendrían por qué ser homogéneas. Lo que supongo que hace falta —y con fortuna aparece ahora como una tendencia creciente en México— es la especialización de los periodistas. Si hay un fenómeno interesante en el periodismo mexicano, aunque todavía incipiente, es que por primera vez en la historia llegan a cruzarse la agenda de un medio con la de algún periodista o grupo de periodistas, y es como hay recursos y espacio para hacer un periodismo especializado, siempre más atento y dispuesto a cumplir su responsabilidad social.



Primera mesa sobre seguridad pública y medios

ELPV: Bueno, vamos a tener varias provocaciones más de varios de nosotros.

RV: Estoy seguro de que los medios tienen un papel, aunque no estoy seguro de exactamente cuál, y eso motiva mi pregunta. Creo que estoy abogando por mejores políticas de seguridad pública y tengo algunos datos, información que me da la idea de que unas son mejores políticas que otras. Obviamente, busco influir en cualquier persona que pueda ayudarme a ampliar ese mensaje, pero la mía es una agenda particular, pues no soy dueño de la verdad. Entonces, ¿cuáles son mis alcances para promover mediante un reportaje datos que puedan conducir a opiniones, las cuales a su vez conduzcan a políticas específicas?

Tenemos el ejemplo de los datos. Roberto Rock dice que Ebrard asegura que el problema no es suyo (es decir, de su falta de voluntad para proporcionar datos), sino de arquitectura institucional, y estoy completamente de acuerdo en que hay una falta importante de información que hoy en día él no puede sacar de sus sistemas informáticos. Como activista trato de ver argumentos para incentivar a Ebrard y podría yo decirle a él o ante la prensa, “si la Secretaría [de Seguridad Pública del Distrito Federal] dispone de más bases de datos podría tener mayor control sobre la seguridad pública”. A Roberto [Rock] u otros periodistas les diría, “okey, queremos un reportaje que exponga que el mismo secretario se queja de falta de datos, para plantear la necesidad de priorizar esto de la falta de datos en vez de poner más patrullas”.

Roberto [Rock], creo que esto es importante, que conduce a mejores políticas públicas, pero es mi agenda. Asumimos por un momento que más o menos tengo razón o que te convengo y te propongo los datos, pero, pregunto, ¿hay un límite, digamos, de ética que entre en esta discusión, en el sentido de que tu papel no es tanto transmitir agendas para cambiar políticas, aunque estés de acuerdo en que las mías son buenas ideas y no son la agenda de un político?



Apéndice

RR: Creo que puede ser un buen ejercicio lograr que haya una segunda versión de esta mesa donde esté representada la televisión, haya una representación más amplia de la academia y podamos empezar a construir las respuestas a esas preguntas.

Este tema de la agenda sirve para varias cosas. Mi opinión es que los periódicos, los medios en general tienen una agenda. Teóricamente, tenemos que hacer eso, informar, transmitir las realidades; ser foro de expresiones, de ideas, y ser vigilantes del ejercicio del poder público; éstas son nuestras tres funciones, digamos, típicas. Pero cada medio va construyendo su agenda, en la que subraya o no cierto tipo de asuntos, privilegia o no cierto tipo de temas, y me parece que eso está bien. En ese sentido, por supuesto que *Reforma*, *La Jornada* o *El Universal* tenemos una agenda y es la que pensamos como más útil para el servicio que buscamos dar.

Si ustedes me preguntaran cuál es la agenda de la sección metropolitana de *El Universal* podría describirla. No significa que los temas que surjan cotidianamente no sean abordados, pero el editor de dicha sección ha participado en esa discusión y sabe qué se espera de él: que enfatice en cierto tipo de coberturas; de la misma manera, los reporteros saben que cierto tipo de temas van a ser atendidos, desplegados mejor por el periódico, y que hay temas que incluso permean a todo el periódico.

El Universal participó en la promoción de la Ley Federal de Transparencia y Acceso a la Información Pública Gubernamental de manera, creo yo, importante y ahora todo el mundo adentro sabe que debe gestionar continuamente la aplicación de esta ley y metiendo en el debate asuntos de transparencia. Insisto en que esto es benéfico. Cuando todos los periódicos teníamos una sola voz, cuando publicábamos a ocho columnas al presidente de la república, a lo mejor era más fácil trabajar, pero hoy que vemos esas diferencias creo que la gente dice, “leo *La Jornada* porque me gusta su enfoque”.

Primera mesa sobre seguridad pública y medios

De la misma forma, la agenda de varios medios incluye la necesidad de políticas públicas en favor de una mayor seguridad pública. ¿Cómo se hace esa tarea? Creo que buscando puntos de coincidencia; nos podemos poner de acuerdo en cierta medida.

Hay quienes piensan que seguimos mucho la agenda de los políticos, pero eso depende de la época y, de hecho, ahorita veo a los políticos muy pendientes de lo que hacen los medios, subiéndose a la agenda de los medios con frecuencia. Los medios hablamos hoy de secuestros, los políticos se ponen a discutir sobre secuestros, y así. ¿Eso es bueno? Creo que no, pero la realidad muestra que hay una atmósfera en la que los políticos *nadan de muertito* cómodamente, en la indefinición política, sin perseguir acuerdos ni consensos en el Congreso; no hay apuestas de “ésta es mi visión de país”, “éste es mi proyecto de país”, sino que van montándose en los temas mediáticos como en un oleaje así, muy apacible, rumbo al 2006, esperando a ver qué pasa.

Si nosotros nos acercáramos o ustedes se acercaran a algunos medios, con seguridad este tipo de planteamientos prosperaría. Quiero decir que hay un problema con la academia justo en cuanto a sus planteamientos: me decía la doctora [Sarah García Silberman] que en su institución [el Instituto Nacional de Psiquiatría] tienen una encuesta que hicieron en 2001 sobre el impacto de los medios en cierto tipo de patrones sociales. Si me entero, por supuesto que voy con ella y le digo, “deme los resultados y haga una proyección al 2004”. Pero si me responde, como ahorita, “la de 2001 todavía no la interpretamos”, pues entonces es complicado.

Ahora, claro, los medios deben comprender que la academia no tiene los ritmos de un reportero, y puede haber ahí un punto de coincidencia que exige, por parte de la academia, un ejercicio de comunicación política en el sentido de cómo usamos a los medios en favor de nuestra tarea.

Apéndice

ELPV: *Ayer me llamó un reportero para preguntarme qué pensaba de lo que había dicho el procurador general de la república en el sentido de investigar a los mediadores privados para casos de secuestro. Me hizo planteamientos jurídicos de lo que había dicho el procurador y le respondí que jurídicamente quizás el funcionario tenía razón en varios aspectos; por ejemplo, si la empresa mediadora recibe noticia de un delito y no lo reporta al ministerio público, en efecto, hay un problema legal. Pero le sugería que abordáramos también el tema de la legitimidad de las instituciones, de la confianza, y el reportero como que se fue decepcionando, porque mis preguntas ponían las cosas en un terreno de mayor complejidad. Aunque he podido establecer contacto frecuente con reporteros que tienden a recibir fácilmente el análisis, otros lo rechazan de inmediato y piden una respuesta clara, un posicionamiento inmediato del entrevistado.*

Pero, bueno, como me tocaba el turno, desarrollaré una perspectiva relacionada con derechos humanos. El hecho de contar con financiamiento incluso para el desarrollo de esta mesa tiene que ver con que representamos a un sector cuyo consenso es sólido respecto de que el comportamiento de los medios tiene un impacto específico en el tema. Haré dos referencias a un informe del Consejo Internacional en Políticas de Derechos Humanos. Se trata de una investigación comparada de varios países, la cual concluye que, en efecto, los medios juegan un papel fundamental en la forma como se estructura la opinión pública en materia de seguridad pública y, asimismo, en el contexto en el cual toma lugar la defensa de los derechos humanos.

En particular, dicha investigación apunta hacia la falta de entendimiento entre los medios —locales, nacionales o internacionales— acerca de las normas, instrumentos y mecanismos de derechos humanos, lo cual provocan que la cobertura cuidadosa sea una excepción. En esto tiene que ver el hecho de que los avances tecnológicos obligan a coberturas instantáneas, mismas que fuerzan a los reporteros a responder rápidamente y, de manera frecuente, con menor precisión —que es algo semejante a lo que decía Tina Rosenberg.

Y yendo a cuestiones más concretas, a propósito de lo que decía Roberto Hernández en el sentido de que seguramente todos en esta mesa diríamos “no” a una regulación de los medios. ¿Cuál sería la actitud de los medios frente a la prohibición de exponer la cara de un sujeto que ha sido señalado como probable responsable de un delito?, ¿cuál sería su actitud ante la limitación de que sólo pudieran exponer la imagen de ese sujeto una vez que sea condenado o absuelto? Un experto de Ucrania que está citado en el reporte que menciono habla de que la ignorancia de los medios sobre los estándares en materia de derechos humanos y los procedimientos para su defensa es uno de los obstáculos clave para la efectiva protección de tales derechos.

Una constante en diversos países es que los reporteros se refieren a los sospechosos detenidos por las autoridades como “criminales” o al menos sugiriendo que son responsables de los delitos que se les imputan. Esta imputación implícita de culpabilidad está basada generalmente en la versión de la policía, no obstante el principio de presunción de inocencia. El problema, dice el experto ucraniano, es que cuando la gente cree que el detenido es un criminal, no hay límites en cuanto al trato que se le debe dar; en contraste, si la gente cree que la víctima es o puede ser inocente, entonces lo que hace es condenar la brutalidad policial.

Es por eso que cuando hablo de construcción de realidades, y me sostengo en esa hipótesis, no me refiero a que los medios construyan la realidad, sino a que construyen *una* realidad, una aproximación que provoca impactos objetivos en la realidad.

Otro problema, dice la investigación del Consejo Internacional en Políticas de Derechos Humanos que cito, radica en la relación entre los reporteros y sus fuentes —que también hemos discutido muchísimo con Marco Lara Klahr—. En tanto construyen de una manera inevitable un contacto personal cercano que deriva en acuerdos para el acceso a la información oficial, los reporteros se rehúsan a ofrecer historias que dañen la imagen de las autoridades.



Apéndice

Hay un ejemplo que tiene que ver con Brasil, donde se les dan a los reporteros las noticias que tienen que ver con policía a una hora tal que ya no pueden buscar otra versión, teniendo que conformarse con la versión policial.

Creo que una veta de la profundización seria y honesta tiene que ver con ese entretejido de relaciones complejas que deriva en una forma de construir noticias, que a su vez deriva probablemente en una forma de entender una realidad, así como de actuar frente a esa realidad. En suma, ¿son los medios un espejo, juegan como espejo ante una perspectiva de política criminal? Creo que sí.

LGP: Me atrevo a plantearles algunas ideas para ir resolviendo de manera propositiva las cuestiones que nos convocaron. La primera es respecto de la relación entre los medios y los académicos. La hemos problematizado de esa manera, pero quizás el mismo fenómeno se presenta en la relación entre medios e instituciones, entre medios y otros actores. Pero pensando en esa actitud autocrítica de la que hablabas, Ernesto [López Portillo Vargas], cabe hacer un señalamiento válido sobre la actitud que tenemos los académicos frente a los fenómenos, y aquí quiero distinguir: una cosa es mi preocupación como investigador sobre el fenómeno de la inseguridad y otra es la consecuencia que espero tenga mi discurso en un público u otro. Esto me hace pensar que, finalmente, sin querer denostar la idea de mercado, es un hecho que estamos inmersos en un mercado de discursos y uno debe tener claro en dónde quiere vender el suyo propio, en cuyo caso la ganancia puede ser posicionarse frente a determinado sector. Seguramente gran parte de ese mercado lo tienen los medios y los académicos debemos incorporarnos a él de algún modo. Entonces los temas de la ética y los derechos humanos se convertirían en un eje, en un referente para distinguir la calidad de los discursos.


Primera mesa sobre seguridad pública y medios

Estaba pensando en por lo menos tres elementos que permitirían plantear esta calidad del discurso. Primero, yo no sé de qué manera van posicionándose los temas, no sé cómo es que hoy se posiciona el de secuestros, ayer lo hizo el de las drogas y anteayer qué sé yo; el caso es que van planteándose los temas y uno, como académico, debe decidir si ingresa o no al discurso, dependiendo siempre de su capacidad de poder decir algo. Quizás en ese momento es cuando con más claridad se plantea el problema ético: cuando Rob [Varenik] decía, “creo que tengo una visión de la seguridad pública que puede ser más válida”, lo hace desde una perspectiva en donde puede contrastar las bondades de su percepción frente, digamos, a la de Gulliani.

Segundo, el tema de los derechos humanos es una guía importante y sirve de referente para fijar una posición ante cada problema, y lo mismo vale para los medios; de hecho, es notorio que *El Universal* o *Reforma*, por ejemplo, adoptan una cierta perspectiva frente a cada situación, y es quizás esa perspectiva la que les da el *plus*.

Tercero, cada vez debemos reparar en cómo construimos determinada perspectiva, a partir de qué elementos, porque los datos no son neutros, en virtud de que no brotan de la nada, sino que alguien los produce con alguna intención, por lo cual pueden ser leídos de distintas maneras. Entonces, la calidad de los insumos también es relevante, pues de ella depende el que seamos capaces de sostener una cierta perspectiva del problema abordado —de ahí que muchos medios y académicos hayamos decidido producir nuestros propios datos.

Y después de todo esto, si uno como académico quiere ingresar al discurso público, tiene también que sacrificar ciertas cosas, hacer un ejercicio que permita distinguir qué es lo relevante, cuál es el mensaje, qué puede decir en 30 segundos que sea importantísimo decir, para ponérselo accesible al reportero, porque tampoco me parece justo exigirle al reportero que sea experto en los temas, no tiene por qué; sería tanto



Apéndice

como si él exigiera que nosotros fuésemos expertos en comunicación. Si tomamos en cuenta los tres elementos que he planteado, es decir, si tengo clara mi perspectiva y tengo claros mis insumos, tal vez puedo construir un mensaje breve y contundente, del cual me responsabilizo. Si viene un reportero a preguntarme mi opinión sobre los secuestros, en lugar de hacer una disertación acerca del fenómeno del secuestro, puedo armar en tres renglones una idea contundente y darle datos, que es lo que él necesita. De este modo facilito el entendimiento, creo un escenario en el cual hay capacidad de comunicación, sacrificando la parte teórica, que no dejará de ser importante para mí, pero quedará para ser consumida en otro mercado.

JAI: Un punto muy importante de la academia en relación con los medios es entenderlos, comprender que se mueven con intereses diferentes, que todo el tiempo están compitiendo entre ellos, que traen agendas y tienen que ganar noticias diferentes. Un ejercicio que me parece fantástico es ver, por ejemplo, cómo la prensa española trató el asunto de la boda de los príncipes. *El País*, *ABC* y todos los demás pusieron el tema en sus ocho columnas al día siguiente.

No había otra nota y el chiste era ver cómo cada uno trataría de llegar a su público exponiendo algo que consideraba más relevante y tuviera que ver con el perfil propio del medio. Y lo interesante es que en todo ese ejercicio los medios también buscan credibilidad y legitimidad.

Por otra parte, aun en ciertos comerciales, incluso en los de productos de belleza que vemos en los programas pagados, esos de “sí, a mí me funciona”, pero sobre todo en la forma en la que se construyen las noticias del crimen en la televisión estadounidense, entrevistando a testigos, los académicos son un actor más que tienen algo que añadir a la historia para darle legitimidad y credibilidad al medio. El problema es que ese algo que añadir los académicos no lo calculan, porque no hacen

un ejercicio para clarificar qué es lo relevante que desde su posición pretenden comunicar.

Tenemos en televisión diez segundos para mandar un mensaje electoral en una campaña presidencial y existe este ejemplo que proviene creo de la elección de Clinton en 1992, donde se alude a una cita del Nuevo Testamento de San Juan, en el sentido de que en 14 palabras dios dijo que era hombre, que había enviado a su hijo unigénito y que iba a salvar al mundo; ¡14 palabras! Eso es lo que tengo en televisión para comunicar mi mensaje.

Hay que entender las especificidades de los medios. Yo les decía a mis clientes cuando padecían una crisis de imagen y reputación, “si vas a hablar a los medios impresos, bueno, pues es texto y son cifras; si a radio, son sonidos, palabras; y si vas a hablar a televisión, son imágenes, todo eso tienes para comunicarte y hacer relevante lo que crees que tienes que decirle al medio que para ti es relevante, y no perderte en una discusión más amplia”.

Coincido con Roberto Rock en que faltaría un ejercicio de comunicación política, de *marketing* político, aunque la palabra no suene necesariamente agradable, para ver qué queremos comunicar y hacer relevante de nuestro discurso a la sociedad y a los otros actores, en el entendido de que sólo somos una voz más.

TR: Yo quería responder a tu pregunta, Ernesto [López Portillo Vargas], de cómo se pueden proteger los derechos humanos de alguien que está detenido y evitar dar la impresión de que siempre la persona detenida es culpable. No me gusta, obviamente, la solución de regulación, creo que es muy peligrosa, porque si puedes prohibirme decir que esta persona es culpable aunque no lo sea, puedes prohibirme otras cosas también. En cambio, hay una solución que no depende de esto y se maneja bien en Estados Unidos: si yo digo, escribo o digo



Apéndice

en la televisión que tú eres el asesino y después encuentran que eres inocente, puedes demandarme, pero no si eres un servidor público o un oficial, y mientras más alto sea tu puesto y más acceso a otros medios de comunicación tengas, menos posibilidades tienes de demandarme.

MLK: Me interesó la pregunta de Robert Varenik acerca de la legitimidad de posicionar una agenda. Pienso que es muy difícil que una fuente determinada, aunque sea académica, pueda con su agenda permear a un medio; al mismo tiempo, se me hace difícil que un proyecto académico o de activismo pueda agotarse en una página de periódico o en tres minutos de radio o televisión. Considero que hay un punto intermedio: como reportero, mis decisiones en cuanto al discernimiento de la información están determinadas por la legitimidad de las fuentes, al tiempo que, habitualmente, tal legitimidad les viene de su propio trabajo, de la consistencia y el rigor científico con que se desempeñan. Siempre acudo a fuentes institucionales (que en lo personal desdeño pero a las que recurro por un equilibrio elemental), aunque las que más aprecio a la hora de discernir la información son, sin duda, las fuentes académicas o ciudadanas, y entre ellas a las que tienen un trabajo sólido y persistente.

Noto en académicos y activistas, lo mismo que en políticos y otros actores, una seducción por los medios masivos, por los medios industriales, lo cual en ocasiones los lleva a conductas protagónicas. Yo diría que en gran medida el acceso a los medios es resultado de un trabajo de investigación, de activismo, que irá teniendo incidencia o configurando agenda con el tiempo y según sean sus temas los que ocupen la preocupación social. Quizá esto empate con lo que decía Luis González Placencia acerca de la calidad de los insumos, que fue una idea que me gustó.

Pero en la realidad sucede que uno llega ante el académico o el activista y, en general, no tiene ni parece querer hacerse una idea de a quién le habla y para qué. Echa su rollo, repite lo que

Primera mesa sobre seguridad pública y medios

ya les dijo a otros, y uno tiene que poner cierto orden en la entrevista, “oye, me estás diciendo lo que has dicho mil veces, explícame, no me estés tratando como si fuera retrasado mental o como si viniera por una notita”. Eso me lleva a considerar que tal vez requieran la asesoría de comunicadores profesionales, que les ayuden no sólo a precisar ideas con brevedad y a distinguir entre formatos mediáticos, sino también a diferenciar entre tipos de necesidades según la profundidad de la historia periodística para la cual fueron consultados.

ELPV: *Les pido, para terminar, un comentario sobre cuál sería la relevancia de esta mesa y cuáles los próximos pasos a dar, de modo que podamos irnos con una idea clara de en dónde estamos de la mano ya y en dónde tenemos que ir trabajando para debatir y construir alternativas.*

RR: Quisiera tocar rápidamente el asunto de los derechos humanos. Creo que es uno de los aspectos en los que la academia puede orientar más a los medios, en particular sobre el impacto que tienen en la gente. A veces nos acercamos a un personaje, a una familia, a una comunidad, obtenemos una historia, nos marchamos y no nos enteramos del daño brutal que hicimos como medio al dar a conocer una noticia. Esto ha llevado a muchos periódicos a normar internamente el contacto de sus reporteros con los ciudadanos, especialmente en el caso de aquellos que no están habituados a tratar con periodistas y pueden ser muy cándidos al aportar información. En *El Universal*, después de muchas discusiones internas, hemos desarrollado un código de ética, que a su vez derivó en un manual de estilo donde se incluye una reglamentación de, por ejemplo, a qué tipo de personas podemos retratar incluso en las notas, cuándo podemos mencionar nombres o el cuidado que debemos tener con niños.

Pensamos también que este asunto de afectar la privacidad de las personas es uno de los factores que más lesionan la credibilidad



Apéndice

de los medios en general, pero particularmente de los periódicos. Esto tiene relación con los derechos humanos y es un tema de agenda para el periódico desde hace mucho tiempo.

RV: Dos puntos. Primero, Roberto [Rock], me robaste mis palabras. Creo que es buena la ley de calumnia en Estados Unidos, que mencionaba Tina Rosenberg, pero bastante imprecisa en algunos casos. Entonces, la vía, digamos, más comprensiva son los códigos de ética y su vínculo de aplicación dentro del mercado; o sea, una cosa es que *El Universal* tenga su código de ética y otra es cómo reacciona ante algo que haga otro periódico, y cuál medio comete violaciones por competir en el mercado y cómo se ventilan esas violaciones socialmente, para que los lectores estén conscientes de que algún medio ha violado su propio código o el código consensuado entre distintos medios. Esto es muy importante para la madurez de la industria y la manera más respetuosa de la misma de decir que es capaz de definir sus reglas de ética.

Segundo, sabemos perfectamente que en televisión el formato exige ese *haiku* de 14 palabras del que hablaba José Adolfo [Ibinarriaga], la cuestión es si para formular esas 14 palabras dispongo de una base de datos de asuntos y variables importantes. Si soy un reportero y por presiones del mercado y de mi propio trabajo, y a causa de mi idea de cuál es mi responsabilidad de enterarme, tal vez tengo una base de datos más limitada, y la pregunta es si podemos ampliar dicha base y cuál es, en ese sentido, la corresponsabilidad existente entre nosotros, académicos y activistas, y los medios de comunicación. O sea, para mí la extensión del mensaje es incambiable según cada formato, pero el asunto es si podemos mejorar los insumos para que estas 14 palabras se deriven de múltiples fuentes.

Por último, quisiera recordar que en el tema de seguridad pública el impacto de los medios es mayor que cuando se trata de otros temas. Acabo de releer un texto clásico en Estados

Unidos, *Escándalo y reforma*, y lo menciono por dos razones: una, porque estamos en medio de un miniescándalo sobre secuestro, y dos, porque por lo menos en Estados Unidos la posibilidad de cambiar a la policía o la forma de ser de la policía, sus políticas y todo esto, se halla históricamente vinculada con escándalos. Poder cambiar esa institución tan cerrada, tan arcaica, tan importante ante la delincuencia, lo cual le da aún más poder, ocurre cada década, cada 15 años o más; la historia empírica de la que disponemos dice que hay un círculo de escándalo-reforma; o sea, escándalo, renace la atención, reformas, falta de implementación total de las reformas puestas y a ver si tenemos en otros 20 años más otro escándalo.

Si tenemos en este momento, como decía, un miniescándalo, ¿qué es lo escandaloso en los hechos, la ola de secuestros o el desempeño institucional histórico de la policía que da lugar a esta situación, o las dos cosas? ¿Cuál es realmente el enfoque noticioso para este escándalo, cuál el mensaje que se puede dar, qué implicaciones podemos tener? Si nosotros pensamos y los medios están conscientes de que parte del problema es la policía, ¿qué medida debemos enfatizar para crear un ambiente propicio que conduzca a los cambios que, según información experta, se requieren para una mejor realidad?

ELPV: *¿Qué pasa cuando hay escándalo y no hay reforma? Pensemos en Ciudad Juárez, por ejemplo, o cuando los escándalos generan puntos de atención que no van al fondo de los problemas institucionales.*

RV: Daré un ejemplo sin extenderme demasiado. Un escándalo de corrupción o mala conducta de la policía conduce más fácilmente al cambio institucional, mientras que lo que tenemos ahora es un escándalo cuya definición más predominante es el crimen, el secuestro. Los estudios empíricos sobre el fenómeno escándalo-reforma-papel de los medios dicen que, en parte, el punto clave es cuando los medios ponen la etiqueta de que la



Apéndice

policía está mal, de que es el mal actor en esta historia, que además es la verdad; cuando en el contexto de un escándalo el enfoque mediático se centra en el desempeño de la policía, es cuando en verdad se producen resultados.



┌
└

┌
└

┌
└

┌
└



Violencia y medios. Seguridad pública, noticias y construcción del miedo, cuya edición estuvo al cuidado de Ana Lara, terminó de imprimirse en noviembre de 2004, en Editorial Cambio XXI, calle Islote, colonia Ampliación Las Águilas, Delegación Álvaro Obregón, México, Distrito Federal.

